

Ministro, señoras, señores, amigos todos.

El próximo 11 de mayo, mi hermano Camilo José habría cumplido cien años. Por ello precisamente estamos aquí con su hijo, Camilo José Cela Conde, profesor, intelectual de primera, para anunciar el año del siglo de nuestro Nobel, escritor, periodista, torero, cineasta, vagabundo, poeta, filólogo, académico y laureado entre los laureados, cobijado, ayudado por Charo, siempre a su lado. Mujer, compañera, secretaria, crítica, su primera lectora.

Camilo fue el primero de una familia larga para las medidas de hoy, no tanto para las familias del principio del siglo pasado. Llegamos a ser siete hermanos a la mesa.

Los padres, Camilo Cela y Camila Trulock, nos tuvieron en su momento y por este orden:

Camilo José; Juan Carlos, que ya murió; Maruxa, viejita ya, pero viva de ideas, de pensamiento, por ahí anda; Rafael, desaparecido antes de lo debido; Ana, viva, pero poco por culpa de la cabeza, que con frecuencia

manda demasiado y no bien; José Luis, que también ha muerto, y yo, el más pequeño, me decían; el más joven, preciso yo, aunque ya me ven que de joven bien poco.

Y lo que hacemos aquí, reunidos, es comentar el programa de actos que durante un año se va a realizar para impulsar el conocimiento del que fuera, sin duda, lo que se ha venido en llamar una gloria nacional. Trabajador incansable, inventor todos los días al empezar el día de la mejor forma de estrujar la pluma para que la escritura saliera y fuera admirada.

El escritor es un trabajador con una sola herramienta, o el lápiz, o la pluma, o la máquina de escribir, o el bolígrafo, o el ordenador, que recoge, que pasa al papel lo que se ordeña del cerebro, llegado, originado en lo que los ojos ven, en lo que los oídos oyen, en lo que las manos tocan, en lo que la pituitaria huele. Es un pequeño milagro, si se me permite emplear la palabra milagro, que queda, que engrosa si la calidad lo merece, el acervo, permítanme también esta palabra para mí algo cursi, algo manida, el acervo, sí, cultural de la cultura. Cultura, por otra parte palabra tan venida a menos.

Pero el escritor vive, está en una sociedad, convive con su familia, vecinos, parientes, gente. Y esta convivencia aporta a la persona roces

buenos y no tan buenos, caminos diferentes, muchas veces gratos, otras tantas no. Están ahí y el escritor, en este caso hombre tan solo, acierta o no acierta.

Con este disparatado dejar ir a mi pensamiento, quiero decir ahora que durante el año Camilo José Cela que empieza el 11 de mayo próximo vamos a estudiar, comentar, pasar al primer plano del escritor aquello que nos pueda aportar de nuevo, o todavía, o siempre, su literatura y todo su deambular por la vida, por la suya, de la mano de su ver, de su sentir literario. Porque la literatura, por ejemplo y sin duda, fue lo que le llevó a torear, a hacer cine, a montar en globo.

Con el permiso de mi sobrino, inventor de todo lo que se va a hacer en el año del centenario, auguro que literatura será la palabra mágica que nos ayude a acercarnos al escritor, tan solo esa palabra.

Ahora paso a comentar qué es lo que hago yo aquí. Fácil es lo de haber sido hermano, fácil es comprender que la salud, a pesar de la vejez, me ha permitido redactar estas líneas. Ahora añado que quizá fuera por su influencia como hermano mayor por lo que me he dedicado, mejor quizá que empezara a dedicarme a escribir. Con el tiempo, los caminos de cada uno son los caminos de cada uno. Además, cuando tuve la edad de decidir a que podría dedicarme no se me ocurrió peor dislate del que ahora, años

han tenido que pasar, me ayuda a vivir. Digo, vivo para escribir; nunca escribo por aquello del vivir.

Empezaremos, pues, el 11 de mayo el centenario de C.J.C. para descubrir de nuevo sus valores literarios por encima de todo.

Gracias por su atención.